

# El secreto de Elisa Leclerc

Ningún secreto permanece  
oculto eternamente

Antonio Aparicio



ibuku

Primera edición: septiembre de 2012

Diseño de la cubierta: apariciodesign  
Imagen de cubierta: Crestock stock photos

ISBN: 978-84-15682-00-4  
Depósito Legal: DL NA 1293-2012  
Impresión: Ulzama Digital

Impreso en España Printed in Spain

©Antonio Aparicio, 2010

Leer-e  
Monasterio de Irache 74, Trasera  
31011 Pamplona  
[www.leer-e.es](http://www.leer-e.es)

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Antonio Aparicio  
El secreto de Elisa Leclerc



**ANTONIO APARICIO** (Albacete, 1967) alterna su trabajo como director de arte y diseñador gráfico con la escritura de guiones para largometrajes y documentales, alguno de ellos también dirigidos por él. *El secreto de Elisa Leclerc* es su primera incursión en el mundo literario, eligiendo para ello una historia en el género que mejor se desenvuelve: el misterio y la intriga.

*Dedicado a la memoria de mi madre.*



PRIMERA PARTE  
REGRESO A ISLA MALVA



## Cristina Bellver y la Casa del León

*No dejaré que nada malo te ocurra.*

Sara Leclerc se agitó inquieta en la cama. Gimió.

La archiconocida melodía Nokia sonó y Jacobo, el novio de Sara, se removió en la cama. El móvil siguió sonando insistente unos segundos más. Sara apartó de mala gana el mullido edredón que la cubría y cogió el pequeño aparato. Miró la pantallita para averiguar quién la estaba llamando. Descolgó tras reconocer el número.

—Buenos días —murmuró Sara, que seguía tumbada en la cama. Después bostezó.

—Buenos días, Sara —dijo una meliflua voz masculina al otro lado.

—¿Qué hora es? —Bostezó de nuevo, incapaz de abrir los ojos.

—Las nueve y media pasadas. Te llamé ayer a eso de las ocho de la tarde.

—He visto la llamada. Era sobre lo de la casa de la isla, ¿no?

—Sí. Hay un posible comprador. Un ex almirante inglés. Ha visto algunas fotos de la casa y dice que está dispuesto a comprarla. Le encanta.

—Bien.

Sara retiró el edredón y se incorporó, sentándose en el borde de la cama mientras se rascaba la frente con gesto ausente.

—Ya he hablado con tu hermano. Me ha dicho que mañana podríamos vernos en la isla.

—¿Mañana? ¿Es necesario que vayamos a la isla personalmente?

—dijo Sara ligeramente sorprendida mientras se levantaba de la cama y salía del dormitorio.

—Te explico: no es necesario que vayas a la isla, si no quieres. Pero ya sabes que todavía podrían quedar algunos recuerdos que queráis conservar. La semana que viene, la empresa de limpieza que he contratado tiene orden de dejar la casa como nueva antes de que la vea el inglés. Eso quiere decir que, si no hay contraorden, destruirán todo aquello que encuentren a

su paso; incluidos objetos personales.

—Ya —dijo Sara mientras deambulaba por el pasillo en dirección al cuarto de baño.

—Aquí no puedo tomar partido, Sara. Es elección tuya. Alberto tiene intención de ir a la isla mañana, pero si quieres discutirlo con él antes...

—No sé si me apetece hacerlo —consiguí susurrar Sara.

—Como quieras. Yo, de todas formas, tengo que ir a Gijón para hablar con una empresa dedicada al control de plagas. Tenemos un problema de ratas.

—No lo sabía —dijo Sara deteniéndose en el umbral de la puerta del baño.

—Al parecer no es nada importante, pero hay que eliminarlo de raíz. El inglés viene a España dentro de dos semanas y quiere ver la casa. Para entonces tiene que estar todo solucionado.

—Entiendo —rumió Sara mientras entraba en el aseo. Se detuvo frente al espejo y se miró girando la cabeza para verse desde todos los ángulos posibles.

—Por eso quiero que nos veamos allí mañana. Yo tengo que asistir a un congreso en París el jueves y estaré allí todo el fin de semana. Tu hermano también tiene la agenda bastante apretada. Desde luego lo mejor sería que tú también estuvieras. ¿Qué me dices?

Sara meditó la respuesta durante un largo minuto. Finalmente murmuró no demasiado convencida:

—De acuerdo. ¿A qué hora?

—Pues hemos quedado a las once en la casa.

—Once. Vale —dijo Sara, girándose sobre sus talones y acercándose a la ducha. Echó un vistazo rápido al interior.

—Muy bien... Ah, recuerda, hay tres ferris para la isla: a las nueve, a las diez y a las once.

—De acuerdo. No te preocupes. Mañana nos vemos.

—Gracias, Sara. Hasta mañana, entonces.

Sara pulsó el botón rojo de colgar, se giró y dejó el móvil encima del lavabo. Miró su cuerpo reflejado en el espejo, deteniéndose en las caderas, que, a su parecer, eran especialmente prominentes. Luego se pasó la mano por el abdomen varias veces, hizo un mohín y suspiró.

El taxi dejó a Sara en el puerto de Llanes como a eso de las diez menos cuarto de la mañana. Pagó la carrera. Se acercó hasta el borde mismo del malecón y contempló el bonito paisaje. El colorido de los Cubos de la Me-

moria le arrancó una sonrisa. Frente a ella, un manto de agua verdosa se extendía hasta toparse con la isla.

Isla Malva.

Los peores recuerdos de su vida estaban asociados a ese pequeño trozo de tierra y rocas oscuras que le había arrebatado a su madre hacía ya veinticuatro años. Desde entonces no había vuelto a pisarla y, ahora, estaba allí. Tampoco tenía ninguna intención de revivir el pasado y enfrentarse a sus fantasmas. Todo ello estaba enterrado en lo más hondo de su corazón, aunque a veces pugnase por brotar para volver a atormentarla.

Eliminó tales pensamientos de su mente y se concentró en observar al ferry atracar en el puerto. Abajo, en la dársena, seis personas aguardaban la llegada de la embarcación. En ese momento su teléfono móvil sonó. Miró la pantallita y esbozó una sonrisa. Descolgó.

—Moisés... ¡Qué alegría saber de ti! —dijo con tono alegre.

—Hola, Sara, ¿qué tal todo? —replicó una joven y enérgica voz masculina.

—Bien. Intentando resolver unos asuntos familiares. ¿Y tú? ¿Qué te cuentas?

—Pues muy contento. En Nueva York ando, ya ves.

Moisés Felton era director de cine y, de su mano, Sara había conseguido ganar el ansiado Goya como Mejor Actriz Principal. Aceptó trabajar bajo sus órdenes en una película de bajo presupuesto por la que nadie daba un duro llamada Cuidado con lo que deseas.

Lorraine Steinweg, una alemana temperamental que se había afincado en España hacía más de diez años y ejercía como su agente, fue quien se lo presentó. Ella le abrió tímidamente las puertas del dificultoso mundo del espectáculo, caminando de su mano desde el principio. El Goya le vino en el mejor momento de su carrera, ya que había tenido un año bastante descorazonador. Sara tenía treinta y dos años y llevaba más de diez trabajando en el medio y esperando, como muchos, la gran oportunidad que nunca llegaba.

En esa ocasión, llegó en forma de guión de noventa y cinco páginas, con mancha de aceite vegetal incluida en las ajadas páginas del libreto. Eso le hizo gracia, tenía que reconocerlo. Eso, además de la personalidad y simpatía de la que Moisés Felton hacía gala. El realizador en ciernes le contó que, cuando visitaba a un productor, éste le decía que estaba buscando algo más comercial. Si venía con un guión comercial, entonces el productor había cambiado de idea y en esa ocasión buscaba algo más «artístico, con garra».

Le gustó ese chico desde el principio. Era humilde, sincero y poseía un

sano entusiasmo muy contagioso. Sara prometió leerse el guión y darle una contestación lo antes posible. Un año después se había rodado la película, gracias primordialmente a la tenacidad de un joven productor que removió cielo y tierra para conseguir aquel millón de euros, que se esfumó en las primeras semanas de rodaje. Como consecuencia de obtener la codiciada estatilla, Sara barajaba varios proyectos interesantes y su futuro profesional estaba en el mejor momento posible.

—Tengo que dejarte, Moisés. Llámame cuando llegues a Madrid. Quiero que me lo cuentes todo —dijo Sara, volviéndose a contagiar de aquel entusiasmo en que una vez confió acertadamente, mientras el ferry tocaba el atronador silbato de salida. Sara bajó los escalones de cemento corriendo y se dirigió al ferry antes de que pudiera perderlo.

La fría brisa del Cantábrico acarició el rostro de Sara. Situada en la proa, estaba de pie, mirando con ojos entornados Isla Malva: una mancha vaporosa gris y violácea de relieve accidentado, que se elevaba abruptamente en su cara noroeste. Los marinos la habían bautizado con ese nombre por el efecto visual que producía en días nebulosos. Buscó con la mirada la vieja casa familiar. Estaba en la parte alta de la isla, hacia el suroeste. Un cuadrado amarillento, salpicado por varios puntitos negros correspondientes a las ventanas y semioculto en su gran parte por altos y frondosos cedros y pinos.

Su padre, Víctor Suárez, compró la casa en 1981. Encontró la isla por casualidad y se enamoró de ese pequeño paraíso desde el principio. Sería el lugar elegido para que la familia Suárez pasara la estación estival. Sara sólo tenía tres años cuando llegó por primera vez a Isla Malva. Fue su primer verano allí, y aunque no tuviera constancia visual en su memoria de aquellos momentos, su hermano Alberto sí que los conservaba en su memoria. Contaba entonces con siete años.

Pero esos días de felicidad se esfumaron de la memoria de Sara para siempre, tras la llegada del verano de 1985.

Sin duda el peor de toda su vida.

Ese verano prometía mucho. Sara tenía siete años y Alberto, once. Las expectativas no defraudaron a ninguno de los dos hermanos. Fue perfecto. Faltaba apenas una semana para regresar a Madrid y volver a la pesada rutina, cuando ocurrió algo terrible: la súbita muerte de su madre. Elisa Lecrerc era una mujer muy querida y sin duda todo el mundo sintió su inesperada y cruel muerte.

Mientras que Víctor y Alberto, con el tiempo, aceptaron la dura reali-

dad, Sara no pudo hacerlo y siguió aferrada a la imagen idílica de su madre durante muchos años.

Aún hoy, no había sido capaz de aceptarlo.

Sólo era cuestión de una hora. Dos a lo sumo.

Solucionaría el asunto que la había llevado hasta allí después de tanto tiempo y se marcharía para no volver jamás. La venta de la casa les proporcionaría suculentos beneficios. No es que lo necesitara con urgencia, pero el dinero nunca venía mal. No se trataba en suma de una cuestión de codicia, sino de independencia.

Pero no pensaba en eso. Quizá si desaparecía de sus vidas para siempre pasando a manos de otro propietario, se extinguiría el hilo invisible que todavía la sujetaba al pasado y que, aunque no quisiera reconocerlo, condicionaba su vida.

Nadie esperaba a Sara en el pequeño puerto de Isla Malva. Habían quedado en la vieja casa familiar que se alzaba majestuosamente. Desde allí, parecía más imponente e inquietante que en sus recuerdos: semioculta, entre árboles tan misteriosos como la propia casa. Sara se quedó inmóvil durante un instante, y por un momento pensó en dar media vuelta y volver a Madrid. De repente se dio cuenta de que no quería estar allí. Tuvo que hacer un esfuerzo por mantenerse serena. Respiró hondo e inició el camino de subida por la calle Alta, directo a la casa con la que tantas veces había tenido pesadillas.

A cada paso que daba, la casa fue dibujándose entre esplendorosa y sombría. El lejano recuerdo la había difuminado en su memoria, dándole un aspecto apagado. El largo abandono y deterioro la había relegado a una mansión decrepita, con las paredes amarillentas, desconchadas y macilentas. Las ventanas, marrones, eran más oscuras que en sus recuerdos, y el tejado, en forma de gran uve invertida, le confería un aspecto siniestro y pesadillesco. El camino particular se había rendido a la maleza que había crecido robándole espacio y protagonismo. El muro que rodeaba la propiedad pugnaba en altura con los matorrales que se extendían pegados a él. La verja de hierro estaba entreabierta. Una cadena y un enorme candado oxidado colgaban moviéndose perezosamente.

Sara vio que la puerta principal de la casa estaba abierta.

Una voz enérgica retumbaba en el cavernoso vestíbulo. Sara se asomó y vio a Urquiola. Hablaba a través de su minúsculo móvil. Pero no parecía que estuviera hablando con alguien, sino más bien grabando una nota de voz, ya que hablaba en primera persona y se recordaba a sí mismo algunas

tareas que tendría que realizar a su regreso a Barcelona.

Urquiola era un hombre alto, cabezón y de nariz ganchuda que se movía sin parar. No era atractivo en absoluto, pero vestía elegantemente y era de esa clase de personas que parece que te estén haciendo un gran favor concediéndote su precioso tiempo. No era el caso, ya que Urquiola, aunque hombre muy apegado a la familia Suárez, no era precisamente barato y cobraba sus minutas inexorablemente.

Urquiola miró a Sara e hizo un gesto con la mano en señal de saludo.

Sara entró lentamente en la casa, temiendo que el contacto con las sombras del vestíbulo la fulminara instantáneamente. Urquiola se acercó hasta uno de los enormes ventanales e intentó abrirlo estirando con la mano disponible, mientras con la otra sujetaba a duras penas el móvil. Sara miró a su alrededor. No vio a su hermano Alberto por ningún sitio.

Todo había cambiado sobremanera. El suelo del vestíbulo estaba cubierto por una densa capa de polvo, salpicado por las recientes pisadas de los intrusos, aunque debajo se adivinaban bonitas baldosas de colores que formaban figuras geométricas. Un olor a humedad arratonada persistía en el ambiente. La ventana que manipulaba Urquiola se abrió de golpe acompañada de un quejido y una nube de polvo. Urquiola tosió estrepitosamente; acto seguido, se guardó el móvil en el bolsillo de su chaqueta. Se limpió el polvo y la suciedad de las manos con cara de asco mientras se acercaba a Sara.

—Será mejor que no te toque. Me he puesto perdido con la dichosa ventanita. ¿Qué tal el viaje?

Urquiola esbozó una sonrisa cordial y acercó su cara con la intención de besar las mejillas de Sara.

—Largo —contestó Sara escuetamente.

Miró a su alrededor. Urquiola la observaba enarcando una ceja. Pareció leerle el pensamiento.

—Debe de resultar extraño volver a esta casa otra vez.

Sara sintió una bola crecer dentro de su estómago. Sin duda era el último lugar del mundo donde desearía estar en ese instante.

—No pasa nada. Estoy bien.

La ventana que había abierto Urquiola dejó entrar una franja de luz blanquecina que se proyectaba en diagonal sobre las baldosas polvorientas. Frente a la entrada principal había una majestuosa escalera con peldaños de mármol blanco. Al final del primer tramo, la escalera se dividía en dos, y sobre ese primer tramo había una gran cristalera alta y rectangular. La escasa luz que provenía de un jardín interior dejaba filtrar haces multicolores que se disolvían antes de tocar el suelo. Sara subió los blancos

peldaños sin dejar de mirar la enorme cristalera multicolor que siempre había maravillado a todo aquel que había pisado esa casa alguna vez. Se giró de golpe, buscando a Urquiola con la mirada.

—¿En serio hay ratas en la casa?

Urquiola sonrió antes de contestar.

—Eso dicen los isleños. Si quieres que te diga la verdad, yo no he visto ninguna... Espero que la empresa se encargue del asunto como ha prometido. Lo mejor será curarse en salud.

La imaginación de Sara le jugó una mala pasada cuando imaginó a una ingente legión de ratas gordas como conejos, con ojos brillantes y malignos, descendiendo con asombrosa rapidez por la escalera de mármol blanco hacia ellos.

—¿No ha llegado Alberto? No me lo puedo creer —dijo, cambiando de tema.

—Yo siempre llego puntual —dijo una voz surgida de las sombras.

En ese instante, apareció por un sombrío corredor situado a la izquierda un hombre joven, alto y muy guapo. Era moreno, tenía los ojos grandes y negros y una sonrisa arrebatadora. Vestía pulcramente y era la versión masculina de Sara Leclerc.

—De hecho, alguien dijo: quien llega puntual, llega tarde. Sin duda ser actriz es lo que te va. No me imagino a toda esa gente del cine madrugando para ir al trabajo.

Sara le obsequió con una mirada torva; sonrió y chasqueó la lengua.

—Tienes un concepto equivocado de lo que es trabajar en el cine. Los rodajes comienzan muy temprano y terminan muy tarde. Seguro que tú estás contando ovejitas cuando yo me levanto para ir a rodar.

Alberto se acercó a Sara y le estampó dos sonoros besos mientras la apretujaba.

—No te digo lo que suelo contar en lugar de ovejitas —dijo, esbozando una sonrisa traviesa.

Sara y Alberto se llevaban bien e intentaban verse de vez en cuando a pesar de que vivían en ciudades diferentes. Después de estudiar ciencias empresariales, Alberto decidió seguir los pasos de su padre en la empresa que fundara en los años setenta. Posteriormente, se casó con Diana Puig, una chica de familia bien —excelentemente posicionada en los círculos aristocráticos barceloneses—, lo que decididamente inclinó la balanza a fijar su residencia en la ciudad condal.

Urquiola les dijo a Sara y Alberto que tenía que ir al hotel para realizar una llamada de teléfono. Se le había olvidado que en la isla no había cobertura. Los hermanos decidieron esperarlo sentados en los escalones de

la suntuosa escalera principal.

—Esta casa me da mal rollo. Teníamos que haber hecho esto hace tiempo.

Sara no dijo nada. La bola del estómago comenzó a jugar con su desayuno.

Los ojos de ambos se detuvieron en un enorme tapiz alrededor de un aparatoso marco de pan de oro que representaba una espectacular escena de la batalla de Trafalgar. Sorprendentemente tenía un aspecto excelente. Automáticamente, el recuerdo de la noche del 14 de agosto de 1985 acudió a la mente de Sara. Era inevitable.

Al cabo de unos pocos minutos Urquiola atravesó la puerta principal y caminó en dirección a los hermanos con paso solemne. Parecía disgustado.

—Vamos a tener un pequeño problema con la empresa de limpieza.

—¿Problema? —dijo Sara, mirando al abogado con gravedad.

—Sí. Ahora dicen que no podrán comenzar la semana que viene, como se habían comprometido. Ni tampoco la siguiente.

—Entonces ¿qué vamos a hacer?

—Buscar otra empresa, naturalmente. Pero no os preocupéis: he hablado con Montse, mi secretaria, y ya se ha puesto manos a la obra. A ver si con un poco de suerte solucionamos este problema hoy mismo.

—¿No retrasará esto la firma con el almirante?

—No —respondió Urquiola, categórico—. De un modo u otro lo solucionaré. Esto es cosa mía.

—¿Podemos hacer algo nosotros? —preguntó Sara.

—Echad un vistazo. Yo no me puedo quedar —dijo en tono ausente, mientras extraía del bolsillo de su chaqueta el móvil de última generación y consultaba algo en la agenda del dispositivo—. Tengo que hacer una llamada antes de marcharme. Volveré al hotel antes de coger el ferry de las once. No quiero perderlo. Con algo de suerte llegaré a Barcelona esta tarde.

Urquiola meneó la cabeza y miró la hora en su lujoso reloj de pulsera. Eran las diez treinta y ocho de la mañana. Entonces hizo un gesto con la cabeza, como si acabara de acordarse de algo importante, y les entregó a los dos hermanos una carpeta que extrajo de un lujoso maletín de cuero marrón.

—Antes de que se me olvide, el precontrato que he redactado. Revisadlo bien por si hay algún error y el lunes me llamáis para decirme algo. Estaré todo el fin de semana en París.

Alberto cogió la carpeta, la abrió y miró fugazmente el documento, que estaba compuesto por unas diez páginas impecablemente presentadas. Urquiola se guardó el móvil en el bolsillo de su chaqueta por enésima vez y

miró a los dos hermanos con una estudiada sonrisa fraternal.

—Aprovechad el tiempo. Creo recordar que en el piso de arriba vi la última vez que estuve unas acuarelas de Elisa. —Estrechó la mano de Alberto y besó a Sara en ambas mejillas—. El lunes hablamos. Revisad el contrato. Si necesitáis algo, poneos en contacto con Montse. Ella tiene toda la documentación en el bufete. Adiós. Urquiola hablaba mientras caminaba estirado y con paso decidido hacia la puerta.

La salida de Urquiola de la casa dejó un silencio sepulcral. Sara y Alberto intercambiaron una mirada cómplice: era como si un tornado se hubiera alejado de la zona siniestrada.

Urquiola era el abogado familiar desde hacía muchos años. Él y su padre se conocieron en la universidad. Mientras que una oportunidad empresarial convirtió a Víctor Suárez en un importante hombre de negocios, Urquiola abrió su propio bufete en Barcelona y juntos disfrutaron de las mieles del éxito empresarial. Cuando Víctor murió debido a un enfisema pulmonar a la edad de cincuenta y siete años, Urquiola actuó de albacea testamentario. Conociendo el desagradable recuerdo que la casa de Isla Malva ejercía sobre los hermanos, les recomendó en repetidas ocasiones que la pusieran a la venta, pero por algún motivo especialmente irracional Sara obviaba el tema en cuanto salía a colación.

Del mismo modo que Sara no quería oír hablar de vender la casa, un buen día, y sin motivo aparente, cambió de parecer. Urquiola, animado, decidió encontrar al comprador adecuado. Conseguirían una importante suma de dinero y cerrarían de una vez por todas un triste capítulo de sus vidas. La decisión estaba tomada y Sara estaba preparada para dar ese paso.

—¿Qué hacemos? —preguntó Alberto.

—¿Cuándo sale el próximo ferry?

—A las once, ya has oído a Eulogio.

—El siguiente.

—Mmm... A las cuatro, creo.

Sara suspiró y no dijo nada durante unos segundos, tampoco Alberto.

—¿Cogemos esas acuarelas de mamá y nos largamos?

Alberto asintió.

—También me gustaría llevarme su cámara Polaroid.

Sara asintió.

—El primero que la encuentre se la queda.

Alberto y Sara giraron la cabeza al mismo tiempo, se miraron y aguantaron la mirada del otro durante un par de segundos. Se levantaron de golpe y subieron las escaleras apresuradamente entre risas.



Elisa Leclerc fue una mujer singular.

Era una artista formidable y poseía un talento especial para la pintura, especialmente para los retratos. El tiempo pareció detenerse cuando Sara encontró un retrato a carboncillo que su madre le había hecho durante las vacaciones del verano de 1985. Recordó perfectamente aquel momento como si hubiera sido ayer mismo. Se alegró de estar allí y recuperar algo tan valioso: Sara aparecía con los dos brazos cruzados por la espalda, apoyada en la barandilla del balcón de esa misma habitación. Sonreía. Elisa había captado perfectamente una expresión de plena felicidad infantil.

Las imágenes de ese momento y otras con su madre salpicaron su recuerdo, dentro de esa pequeña habitación de techos altos y papel pintado. Allí, Elisa, con la ventana abierta de par en par, leía tumbada en un diván de color granate a Ernest Hemingway, Julio Cortázar, Emily Brontë, Jorge Luis Borges, Miguel Delibes, Agatha Christie...

Alberto abrió la ventana que daba al balcón para dejar que la luz matinal entrara y el recuerdo de su madre se hiciera más patente. Pasaron un buen rato hojeando un álbum de fotos que apestaba a humedad, pero que estaba repleto de irremplazables recuerdos congelados. Muchas fotografías estaban realizadas con una cámara Polaroid que perteneció a Elisa y que por más que buscaron no la encontraron. Alberto recordó que en aquel último verano en Isla Malva la cámara había dejado de funcionar. En realidad siempre dio problemas, sobre todo desde que apareció una misteriosa sombra alargada y velada que se veía en la parte inferior de todas las instantáneas que tomases. Una instantánea en particular, con el susodicho velado incluido y que Sara había echado especialmente de menos, le provocó una intensa sensación nostálgica: los dos hermanos posaban de cuclillas, gesticulando. Víctor miraba al objetivo de la cámara exhibiendo su sonrisa encantadora. Abrazaba por la cintura a una esplendorosa Elisa, que mostraba una sonrisa sincera a la vez que sujetaba con la mano izquierda su larga y abundante melena negra. Una sucesión de imágenes del pasado abrumó a Sara momentáneamente. La foto fue tomada en el Patio de los Leones de la Alhambra de Granada. Fueron las últimas vacaciones de las que disfrutaron los cuatro.

Después de coger las acuarelas, los estudios a carboncillo y el álbum fotográfico deambularon por la casa durante un rato y acabaron en la buhardilla, lugar misterioso que durante sus estancias estivales en Isla Malva se convertiría en el rincón favorito de ambos, donde, según el caso, discutían o se hacían confidencias de hermanos.

Después de diez minutos, bajaron los peldaños de mármol blanco y salieron de la casa. Alberto cerró la puerta principal. Cuando ambos caminaban hacia la salida, Sara se giró y miró la fachada. No sintió nada especial, quizá nostalgia, quizá desapego, pero lo que sí observó fue que el vacío que sentía no se llenaba, sino todo lo contrario.

Sara no abrió la boca mientras bajaban por la calle Alta, en dirección al puerto. Alberto se quejó por tener que esperar hasta las cuatro de la tarde para coger el ferry que los llevara de vuelta a la península. También se quejó por no poder utilizar su teléfono móvil. Estaba preocupado por que nadie durante todo ese tiempo hubiera tenido la oportunidad de localizarlo. Alberto era uno de esos hombres que ya no podían vivir sin teléfono móvil; no entraba en su cabeza no poder utilizar el móvil cuando se le antojara y lo consideraba ya una extensión de su miembro derecho. Sara se preguntaba por qué, en lugar de guardarlo en el bolsillo de su chaqueta o camisa, lo llevaba constantemente en la mano. Se ahorró la pregunta. No tenía ganas de oír una respuesta absurda.

—Eh, ¿ése no es Teodoro? —preguntó Alberto a la vez que señalaba con la cabeza a un anciano que cruzaba delante de ellos, luciendo una admirable mata de cabello blanco y una oronda panza cervecera.

Sara se detuvo y miró al anciano atentamente. El anciano tendría unos setenta y tantos años, pero caminaba con paso ligero y las manos metidas en los bolsillos, mientras silbaba una vieja melodía marinera.

Antes de que Sara dijera algo, Alberto gritó:

—¿Teodoro?

El anciano se detuvo con la misma celeridad que caminaba y, sin titubear, dirigió una mirada suspicaz a los hermanos. Frunció el ceño, mostrando unos oscuros y pequeños ojos desconfiados.

Alberto, todo cordialidad, se acercó al anciano, exhibiendo la sonrisa encantadora que tantos éxitos le había reportado, tanto en su vida profesional como en la personal.

—¿Teodoro? ¿No se acuerda de mí? Soy Alberto. El hijo de Víctor Suárez. —Se volvió hacia Sara que miraba la escena en silencio, expectante—. ¿Y de ella? Es Sara, mi hermana. No me creo que no se acuerde de nosotros.

El anciano permanecía increíblemente inmóvil. Sólo se movían sus ojos, cada vez más desconfiados. De repente, exhibió una sonrisa que mostró una dentadura sorprendentemente blanca y, por lo que se veía, con todas sus piezas intactas.

—¡Anda mi madre! ¿Son ustedes?

Alberto asintió enérgicamente, entusiasmado. No había quien lo ganara a pelota, pensó Sara.

—Vamos a vender la casa y hemos venido a recoger unas cosas —dijo mientras le mostraba fugazmente el juego de acuarelas y el mohoso álbum de fotos.

Teodoro era el marido de Rosa, la señora que se encargaba del cuidado de la casa y de ellos cuando pasaban el verano en Isla Malva. En realidad, nunca tuvieron excesivo trato con Teodoro, salvo las contadas ocasiones en las que pasaba por casa. Rosa siempre se portó muy bien con todos ellos, especialmente con Sara y Alberto. Rosa adoraba a los niños, tratándolos como si fueran propios.

—¿Dónde está la tata? —preguntó Sara de repente, con una nota de emoción en su voz.

El anciano tensó los músculos de la cara y su rostro se ensombreció. Sara temió lo peor.

—La tata... —comenzó a decir y se detuvo—. La tata está para el arrastre.

Sara creyó percibir que su aflicción tenía cierto componente de rencor.

—¿Vive?

—Malamente —dijo Teodoro.

No era su percepción, era una evidencia, constató Sara.

Rosa, la tata, como la bautizaron Sara y Alberto —después de descubrir que era algo más que una señora que sus padres habían contratado para que no hicieran más trastadas de las permitidas—, era una mujer de voz potente, corpulencia fuera de lo normal en su género y fuerte carácter, pero con un gran corazón, que los adoraba y que en más de una ocasión, además de partícipe, fue encubridora de travesuras de cierta importancia. Sara se reprochó a sí misma haberse olvidado por completo de ella. De no ser porque la casualidad había dispuesto enlazar los caminos de Sara y Alberto con Teodoro, se habrían marchado de la isla sin ni siquiera haberle concedido el más mínimo recuerdo. Sin duda alguna, Rosa había sido una de las personas más importantes e influyentes para ellos en aquellos extraños días, pero el dolor que provocó la muerte de su madre a dos frágiles niños eclipsó al resto de los mortales que pululaban alrededor de su órbita.

La persona encorvada, de escaso cabello plateado —otrorra densa cabellera castaña—, rostro desgajado y flacucha, era lo poco que quedaba de Rosa, la tata. La mujer enérgica que los besaba sonoramente y estrujaba

hasta sacarles todo el aire de los pulmones había desaparecido en el tiempo. Sara sintió de repente una honda sensación de tristeza.

Rosa estaba sentada en un sillón orejero, alrededor de una mesa camilla. Tenía las manos metidas bajo las faldas de la mesa; estaba con los ojos cerrados y con una expresión de tremendo cansancio. De fondo sonaba débilmente la radio. Teodoro se acercó hasta el pequeño transistor que emitía un magacín matinal y lo apagó.

—Le gusta la radio. Aunque no creo que la oiga mucho: se pasa el día durmiendo.

Todo se quedó sumido en un incómodo silencio, roto por el monótono ruido de las ruedas de un arcaico reloj despertador que reposaba sobre un tapete de ganchillo, al lado de baratas figuras de porcelana y portarretratos de familiares y allegados de Teodoro y Rosa.

Teodoro se movía de aquí para allá. Le habló a la anciana elevando la voz.

—Tienes visita.

La anciana abrió los ojos repentinamente con una expresión de desconcierto que rápidamente mutó en indiferencia. Miró a los recién llegados como si hubieran estado allí todo el tiempo.

A Sara le incomodó el tono irritado de Teodoro. Miró a la tata y sintió una gran tristeza. Un muro invisible separaba, además de todos esos años, los mundos completamente opuestos de Sara y su hermano y la tata y su marido.

—Dios mío —murmuró Alberto, sin poder evitar que su pensamiento se escapara a través de su boca.

—En esta casa no hay Dios que valga. Hace tiempo que nos abandonó —dijo Teodoro mirando hoscamente a Alberto. Luego se acercó a la anciana y le colocó un pequeño almohadón detrás de la espalda.

Sara parpadeó y se acercó a la anciana. Cogió una silla y se puso a su lado. Cogió la mano de la anciana. Estaba fría e increíblemente arrugada; era como tocar la corteza blanda de un árbol centenario. Sara la apretó suavemente, pero Rosa no reaccionó al estímulo.

—Tata. Soy Sarita. Y Albertito —dijo Sara susurrando al oído de Rosa.

La anciana no dijo nada; su mirada viajó con lentitud hacia los ojos de Sara y la miró con ojos temerosos, suplicantes, que al cabo de unos segundos delataron una extraña curiosidad. Sara sujetó la mano de Rosa que, aunque parecía inerte, en ningún momento soltó.

Sara sintió una repentina alegría que trocó en una súbita sensación de melancolía. Por un instante, creyó que no podría evitar llorar. Tragó saliva y forzó una sonrisa amable.

—Te acuerdas de nosotros, ¿a que sí?

—Está muy débil —replicó Teodoro, sin disimular su rencor.

Otra sensación melancólica se apoderó de ella. ¿Cómo podía haberse olvidado de la tata? Se sintió miserable.

—Siento no haber venido a visitarte. Lo siento de veras.

Alberto notó cómo le temblaba el labio. Tragó saliva.

De repente la mano de Rosa apretó suave pero firmemente la de Sara, reteniéndola contra la suya. La anciana miraba fijamente a Sara. Pudo sentir aquellos ojos lánguidos posarse en cada centímetro de su cara. Después sonrió sin entusiasmo. Sara sonrió.

—Tata, estás muy guapa.

Y le acarició la cara. La anciana forzó una nueva mueca de amabilidad. De repente miró a Sara con mayor interés y sus ojos se transformaron. Era como si algo ajeno a su vacío y triste mundo monocromo hubiera aparecido iluminando con luz cegadora sus últimos momentos de vida. Aferró la mano de Sara y su mirada envió un mensaje de auxilio. Arqueó las cejas y Sara acarició tiernamente su rostro fofo.

—No sabes las veces que me he acordado de ti. Seguro que tú también te acuerdas de lo trastos que éramos, ¿a que sí?

Sara asintió con la cabeza y Rosa la imitó sin dejar de sonreír.

—Mamá te quería mucho.

—Mamá —repitió la anciana.

—Sí. Mamá. Elisa.

—Elisa... —murmuró Rosa y entonces giró la cabeza. Parecía intentar recordar algo asociado a ese nombre.

—Sí. Elisa. Nosotros somos sus hijos: Sarita y Albertito. Te dimos mucho que hacer entonces...

—Tenía que entregarla... —dijo Rosa en un hilo de voz quejumbroso.

—Sara, la estás agobiando, ¿no ves? —dijo Alberto e inmediatamente buscó la mirada cómplice de Teodoro que lo miró sin ya ocultar el desagrado que le producía la inesperada visita.

—Pero no lo hice... —murmuró la anciana, a la vez que negaba.

De repente, Rosa comenzó a toser estrepitosamente. Sara soltó la mano de la anciana y se separó de ella. El rostro de Rosa se tornó rápidamente en una mueca morada. La tos era nerviosa y persistente, y en cuestión de segundos la aparente tranquilidad se convirtió en una situación embarazosa.

Teodoro se acercó a la anciana, pero antes les lanzó una mirada hostil a los hermanos.

—¿Qué necesidad tenían de hacerle pasar este mal rato?

Era injusto, pero Sara comprendió que habían entrado sin pedir permi-

so en las vidas de dos ancianos que esperaban la muerte más que otra cosa. Una con muda resignación, otro con odio hacia todo cuanto lo rodeaba.

—No —escupió Teodoro cuando vio a Sara que intentaba socorrer de algún modo a Rosa.

Alberto se acercó a Sara y la cogió por los hombros. Sara se incorporó tan rápido que la silla que ocupaba se cayó y golpeó con estrépito el suelo de terrazo aceitoso mientras Rosa no dejaba de toser.

Alberto se apresuró a coger la silla del suelo mientras Teodoro miraba todo el recorrido con su intensa mirada rencorosa, sujetando un vaso de cristal desportillado y rayado. Esperaba con impaciencia que la anciana dejara de toser.

—Lo siento —dijo Alberto colocando la silla en el lugar que había ocupado; luego observó a Sara y sus miradas se encontraron—. Sara. Tenemos que irnos.

Sara miró a Teodoro que se había colocado al lado de la anciana, en un extraño gesto por proteger su rancio mundo de rencor hacia todo lo ajeno a ese reducto que transmitía tristeza y desolación.

—Sí —dijo Sara finalmente, no demasiado convencida y observando a Rosa que en ese momento dejaba de toser y trataba de recuperarse respirando fatigosamente.

Sara miró a Teodoro, que la invitaba con esos ojos pequeños a que se largaran de allí para no volver jamás.

Sara se giró lentamente sobre sus talones y caminó hacia la puerta. Alberto vio en su rostro el dolor que le producía esa situación. Sara llegó hasta la puerta y la abrió. Alberto se apresuró a aguantar la puerta para, a continuación, abandonar para siempre el inframundo de Rosa.

—Sarita... Albertito, hijos...

Sara ya estaba fuera, Alberto en el estrecho y húmedo recibidor que apeataba, como el comedor, a pringue, sal y tabaco. Inmediatamente giró su cuerpo menudo, rehízo sus pasos y se detuvo bajo el dintel de la puerta. Enfocó su mirada en la tata que ya parecía respirar con mayor normalidad mientras agitaba la mano, rechazando el vaso de agua.

—¿Estás bien? —preguntó Sara con cierta preocupación.

La anciana se apresuró a agitar la cabeza con las escasas energías de que disponía.

Sara entró de nuevo en el diminuto comedor y se acercó por la derecha a la anciana, colocándose en el lado opuesto que ocupaba su marido. Se agachó y cogió su mano izquierda.

—Por favor, déjeme que al menos me despida de ella.

Al parecer, Teodoro no esperaba encontrarse con que la chica fuera tan

tenaz. No dijo nada, ni expresó nada.

Entonces la mano temblorosa de la anciana se movió, lentamente, viajando y buscando el rostro de Sara que acercó su cara al encuentro. Cuando la pálida y arrugada mano se posó sobre el rostro aceitunado de Sara, Rosa sonrió. Su mirada líquida se detuvo en algún momento del pasado.

—Mi niña.

Sara sonrió y Alberto espiró el aire que había contenido en sus pulmones durante el último minuto.

—Te he echado tanto de menos... —dijo la anciana; su voz tembló—. A los dos.

Sara acarició el rostro de Rosa y su expresión se ensombreció repentinamente.

—No me perdonaré nunca no haber venido a verte —dijo Sara, observando la expresión nostálgica de la anciana.

—No —susurró Rosa de repente, apretando la mano de Sara.

Alberto entró despacio en la habitación, intentando que su presencia no se notara más de lo necesario.

—Tenía que haber... —murmuró la anciana y se detuvo. Tragó saliva y gimió, como si el acto de continuar hablando supusiera un horrible tormento infligido desde lo más profundo de su pasado.

Negó y cerró los ojos. Parecía angustiada.

—No sé por qué lo hice...

Sara miró a Rosa con ojos desorbitados.

—Ahora ya no importa —susurró Sara intentando que su voz no sonara excesivamente compasiva.

—Sí que importa... —se apresuró a añadir la anciana con pesar y cierto tono de irritación.

Entonces levantó la cara y observó a su alrededor en silencio. Su mirada se detuvo en Teodoro.

—¡La carta! —dijo Rosa elevando la voz, mientras Teodoro alternaba su mirada desconfiada entre su esposa y aquellos intrusos—. Encima del armario, dentro de una caja de zapatos...

—¿Qué dices, mujer?

—¡Tráela!

Sara miró a Rosa y luego a Teodoro que parecía aturdido. Sin más, se incorporó y desapareció a regañadientes por una puerta muy estrecha, internándose a continuación en un estrecho y abovedado pasillo oscuro. Sara observó a Rosa en silencio. Apostaría que la tata parecía inquieta en el buen sentido de la palabra.

No tardó ni quince segundos en aparecer Teodoro de nuevo llevando

consigo una caja de zapatos deformada de color gris ceniza, rodeada con doble vuelta por una delgada goma elástica. La puso sobre el regazo de la anciana, desvelando cierto recelo en el último movimiento.

Rosa se la arrancó de las manos y, moviendo las huesudas manos, cogió la goma que mantenía la caja cerrada. Sara constató que la goma estaba podrida. De repente, la goma se partió cuando Rosa estiró levemente de ella. La anciana soltó un débil gemido y quitó la tapa de cartón, desvelando su contenido a los presentes.

Las manos, deformes debido a la grave artritis que padecía, se movían torpemente entre fotografías en blanco y negro con bordes aserrados de Rosa y Teodoro, en pleno esplendor juvenil, y un montón de pequeños prospectos de películas de los años cincuenta y sesenta de un cine de Gijón que anunciaba programas dobles. El contenido de la caja olía a papel viejo y a humedad, pero Sara también percibió un ligero aroma a jazmín, que contrastaba con el olor viciado del resto de la casa y sus habitantes. Recordó vívidamente la correspondencia de ese olor particular con una persona entrañable: Rosa, cuando era la tata. Desgraciadamente ese perfume había desaparecido con su vitalidad.

—Aquí está —dijo Rosa con voz cansada, no exenta de cierta excitación. Acto seguido, tosió un par de veces.

Y lentamente extrajo de entre el resto de la papelería un sobre delgado, color marfil y cerrado.

La anciana sonrió ampliamente. Inspiró lentamente, intentando regular su respiración.

Durante tres o cuatro segundos nadie dijo nada. Sara podría jurar que hasta el tictac del reloj despertador también se detuvo en ese breve intervalo de tiempo.

Sin soltar el sobre, buscó el rostro de Sara. Rosa volvió a sonreír y luego esbozó un gesto solemne que se diluyó en un enorme cansancio. Le entregó el sobre.

—El día que tu madre murió... me entregó este sobre —susurró, interrumpida de nuevo por la tos.

Sara no pudo evitar su sorpresa. Giró el sobre que Rosa le había entregado por el reverso y vio un nombre escrito a lápiz sobre la superficie amarillenta. El nombre estaba ligeramente difuminado por el tiempo, pero todavía perfectamente visible:

*Isabel Bellver*

Sara palpó suavemente el sobre cerrado y notó que en su interior ha-

bría no más de un folio doblado. Alberto se aproximó a su hermana y miró el sobre con curiosidad. Antes de comentar nada, Rosa dijo, no sin mucha dificultad:

—Elisa me pidió que se lo entregara... pero nunca lo hice... y tampoco nunca lo abrí: no era asunto mío. Después de aquel terrible accidente... lo guardé. No sé por qué lo hice..., supongo que tuve miedo... Luego, ella... ya no estaba... Murió lejos de aquí...

Hizo una larga pausa.

—Nadie vino a reclamarlo, ni jamás oí a nadie mencionarlo... Tampoco sabía si ella me habría perdonado... aunque desde entonces he rezado para que algún día pudiera finalmente entregarlo. Ahora sé que en el cielo, que es donde está, Elisa escuchó mis plegarias.

—¿Lo vas a abrir? Si no te atreves, yo lo haré encantado —dijo Alberto con cierto apremio y las manos dentro de los bolsillos de su pantalón azul marino Massimo Dutti.

—Espera un poco.

—¿Esperar? ¿A qué? Vamos, ábrelo de una vez.

Sara tenía tantas ganas si no más de abrir el misterioso sobre. Se había levantado un poco de viento y los dos hermanos se encontraban en el malcón. El cielo estaba despejado pero grandes nubes violáceas se acercaban por el norte. No había nadie en el puerto ni en la explanada. Un par de vecinos habían salido del supermercado que se encontraba en una estrecha calle adyacente a la calle Alta y habían desaparecido por otra callejuela.

—Si no quieres abrirlo, entonces rómpela y tírala al mar. Será alguna felicitación de navidad.

—El mar no es un basurero.

Alberto chasqueó la lengua, cogió su móvil y miró por enésima vez el estado de conectividad a la red telefónica.

### *Isabel Bellver*

Leyó de nuevo el nombre del destinatario. Sara conocía a esa mujer, pero muy vagamente.

—¿Te acuerdas de Isabel Bellver?

Alberto frunció el ceño con un gesto infantil mientras toqueteaba su móvil.

—¿Era esa mujer pelirroja, la amiga de mamá?

Alberto, que se encontraba mirando hacia el mar, se giró y miró hacia

arriba, en dirección noreste. Desde su posición y por encima de un pequeño grupo de casas pequeñas de tejado rojizo, apuntó hacia un grupo de árboles que cubrían una empinada montaña.

—Creo que vivía por allí. Una vez estuve con mamá. Era artista o algo así.

Sara trató de componer la imagen de Isabel Bellver en su cabeza. Logró esbozar el cabello y un cuerpo, pero no un rostro definido. Esas imágenes se mezclaron con otras imágenes del pasado, sin orden, inconexas. Miró el sobre, le dio la vuelta y, sin que Alberto se percatara, rasgó con cuidado el lateral del envoltorio y extrajo una carta doblada, de papel también amarillento. La desplegó cuidadosamente con el corazón en un puño. Tanto la letra del exterior del sobre como la de la carta eran de la misma persona.

En ese momento, Alberto vio cómo su hermana desdoblaba la misteriosa carta. Se acercó a ella de un salto.

Los dos hermanos leyeron la carta en silencio, mientras el viento la agitaba.

*Isla Malva, 14 de agosto de 1985*

*Querida Isabel:*

*Te escribo esta carta con la intención de que puedas perdonar mi actitud de los últimos días. Sé que he estado huraña y distante contigo, pero estoy segura de que comprenderás que todo obedece a un motivo concreto: tengo miedo, mucho miedo; por mí, por mis hijos y también, debo decirlo, por ti. No quiero que te ocurra nada, por eso no te he puesto al corriente de mi descubrimiento.*

*Creo que he encontrado al asesino y violador que busca la policía. Tengo pruebas irrefutables que debo entregar a la policía de Llanes hoy mismo.*

*Agradezco tu amistad y sinceridad, y espero volver a verte pronto. Sé que es pedirte demasiado pero, si algo me pasara, recuerda La Dama de Sonrisa Plateada.*

*Siempre te quiere, tu amiga Elisa*

Sara volvió a releer la carta una vez más. No terminaba de comprender el texto. Alberto fruncía el ceño y meneaba la cabeza. Antes de que Sara terminara su relectura dijo:

—¿Te has fijado en la fecha? El 14 de agosto de 1985.

—El día que murió mamá.

De repente experimentó una sensación de ahogo y el corazón comenzó a latir más deprisa.

Buscó en el reverso del folio doblado algo más. Estaba en blanco. Volvió a leer de nuevo el destinatario del sobre, y la carta también una vez más. A cada palabra que leía, su corazón aumentaba de velocidad. Parpadeó y por un momento pensó que se desmayaría. Constató que tenía la boca seca y que comenzaba a sentirse indispuesta.

*Isabel Bellver*

Intentó hacer un nuevo esfuerzo y configurar en su cabeza la imagen de esa mujer. Era cierto que la había visto en compañía de su madre en varias ocasiones. El esfuerzo mental de conseguir una imagen clara de ella se empeñó en devolverle retazos borrosos y confusos.

Alberto cogió a Sara por la cintura y Sara lo miró sobresaltada. Cogió la carta de las manos frías de su hermana.

—Parece la letra de mamá.

—Es la letra de mamá —ratificó Sara.

—¿Y qué es todo esto del «asesino y violador que busca la policía»? No entiendo nada.

—Quizá deberíamos ir a la policía —sugirió Sara.

—¿La policía? No estarás hablando en serio...

—Es la letra de mamá, tú lo has dicho.

—Se parece a la letra de mamá, pero no he dicho que lo fuera.

—Habla de un asesino y violador. De ir a la policía y de tener pruebas irrefutables, y además fue escrita el mismo día de su muerte. ¿No crees que pueda ser importante?

Alberto negó sonriendo. Sara odiaba esa sonrisa de sabelotodo.

—Vamos, Sara.

—¿Vamos, Sara, qué?

—¿Qué? ¿Qué? Esto no significa nada.

—Yo creo que sí.

—¿Por qué estás tan segura?

Sara se acercó más a su hermano en una actitud que se podría decir que era desafiante.

—Yo pienso que esta carta es reveladora.

—Nadie asesinó a mamá. Se suicidó —rumió Alberto en tono sombrío. Enseguida se arrepintió de su tono.

—Mamá no se suicidó —replicó Sara, a la defensiva. Notó que la emo-

ción a floraba con rapidez.

—Sí lo hizo.

—¡No! —gritó Sara, con la voz quebrada.

De repente, apareció una figura que descendía por la calle Alta. Era un hombre de mediana edad que fumaba y vestía un ajado chubasquero azul marino y botas altas de agua. Llevaba consigo algunos aperos marineros. Los miró fugazmente mientras cruzaba la explanada y desaparecía en dirección contraria.

Sin darse cuenta, Alberto constató que sujetaba a su hermana por la muñeca con fuerza. La soltó de inmediato.

—¿Te he hecho daño?

Alberto miró fijamente a su hermana a los ojos. Estaba al borde del llanto. Sabía que su hermana era de lágrima fácil, pero también muy lista y a veces había utilizado ese recurso para conseguir lo que deseaba. Con el tiempo, había mejorado su técnica tanto que era muy difícil averiguar si sentía esas lágrimas o si por el contrario te estaba engañando hábil y descaradamente.

Dos tímidas lágrimas surgieron humedeciendo sus oscuros ojos.

No fingía, eran reales, meditó Alberto después de observarla atentamente, aunque no estaba completamente seguro.

—Sara.

Se secó las lágrimas que resbalaban por sus mejillas y le dio la espalda a su hermano.

—Sara.

Alberto levantó las manos en señal de impotencia. Suspiró y después de un largo silencio dijo:

—Vamos a hacer una cosa: vamos a coger esta carta y la llevaremos a un grafólogo. El cuñado de Diana trabaja en la científica de la policía de Barcelona. Estoy seguro de que él sabrá cómo proceder. Ellos determinarán si fue escrita por mamá o no. ¿Qué te parece?

Sara permaneció inmóvil, contemplando cómo las nubes del horizonte se acercaban cada vez más.

—Sé que es pedirte mucho pero no quiero que te tomes todo esto en serio. La carta podría no ser lo que parece a primera vista. Pero te prometo que, si lo que insinúa es cierto, removeremos cielo y tierra. Tienes mi palabra. Una gaviota cruzó por delante del campo visual de Sara y se alejó por el este graznando. Se giró lentamente y miró a su hermano con férrea determinación. Alberto conocía perfectamente esa mirada.

—De acuerdo. Pero antes tengo que hablar con Isabel Bellver.